

MEJICO  
PACIFICADO

## CAPITULO IX.

Vuelta del Gral. Reyes á Nuevo León.—Visita del Ministro González Cosío.—El Centenario de la Fundación de Monterrey.—Una Intriga Palaciega.—Reconciliación de Reyes y Limantour.—Visita de éste á Monterrey.—El Presidente en la Capital de Nuevo León.—La Oposición.—Fiestas Reales.—El Banquete.—“Así se Gobierna.”—Elogios Recíprocos.—Desaires á los Caudillos Fronterizos.—Díaz Vuelve á Méjico.—El Fruto de la Cortesanía.

Establecido el nuevo orden de cosas en Coahuila, volvió el General Reyes á Nuevo León, donde otra vez había estado fungiendo como interino D. Carlos Berardi. Poco después circuló la inesperada noticia de que el entonces Secretario de Gobernación, Gral. D. Manuel González Cosío, haría una visita á Monterrey, con misión secreta del Centro.

Como de costumbre en todos los casos en que algún personaje pisaba la Capital del Estado de Nuevo León, apresuróse el Gobernador á dar á la ciudad una apariencia de fiesta, procurando cubrir con “un manto de púrpura,” las llagas sociales, el malestar general que ya se acentuaba hasta en los más remotos pueblos del Estado.

El Sr. Ministro fué recibido por el Gobernador y hospedado en su propia residencia—la cual, dicho sea de paso, se construyó simultáneamente con la Penitenciaría, y otras dos casas del encargado de las obras de ésta, D. Marín

Peña, de quien en otro lugar nos ocuparemos más en extenso.

Se le obsequió con el banquete de estilo, subseguido de un baile en el Casino de Monterrey, una visita á los edificios públicos y negociaciones industriales de más importancia, finalizando "*tanti festi*," con un paseo en carruaje por las calles mejor pavimentadas de la ciudad. Excusado es decir que el Sr. Ministro quedó notablemente satisfecho; al menos así lo dijo á cuantos se lo preguntaron, y bien sabido es que esta clase de preguntas no escasean necios que las hagan.

Próximo ya el período electoral, las papeletas fueron llenadas, como de ordinario, con candidatos á satisfacción completa del Gobernante, como que, sin excepción de uno solo, todos habían sido designados por él.

Al otorgar la nueva protesta por este tercer período, todo parecía sonreírle al afortunado Gobernante: perfectamente asegurado de la protección del Centro, manejaba al Estado á su antojo, y su esfera de influencia se había extendido á los vecinos Estados de Coahuila y Tamaulipas, donde los Gobernadores Mainero y Cárdenas obedecían ciegamente sus órdenes. Por otro lado, la Jefatura de la Zona, y el mando discrecional de las Acordadas, ponían en sus manos el *fulmina frango* de los poderosos. De esos poderosos que, como Breno en los tiempos bárbaros, arrojan su espada de hierro sobre la balanza de la justicia. Y no paraban allí los mimos del "demon" del General Reyes. En el Estado todo, habíase despertado la fiebre minera, la cual le daba cierta apariencia de vitalidad económica, siquiera fuese ficticia; en tanto que en Monterrey, merced á un hombre emprendedor y activo, el desarrollo industrial cobraba notables vuelos. Esto será materia de un capítulo separado.

Nueva oportunidad tuvo D. Bernardo Reyes para distraer la atención de otros actos suyos de orden mucho menos pacífico, con motivo de aproximarse el centenario de la fundación de Monterrey (8 de Septiembre de 1596). La idea de celebrarlo fué lanzada por el malogrado poeta y erudito Profesor del Colegio Civil, D. Ricardo M. Cellard, una

de las más bellas inteligencias de que ha podido hacer justo alarde el Estado de Nuevo León, y á cuya memoria séanos permitido tributar aquí doliente recuerdo. El nos precedió en la carrera de la vida, como nos precedió en la tumba; pero á medio camino nos encontramos para unir nuestros corazones y nuestras inteligencias, donde aún había mucho de esos afectos é ideas primaverales, que florecen en la mañana de la vida, cuando aún las decepciones, como los vientos otoñales, no han barrido las hojas secas de las ilusiones marchitadas: ¡Ah, si me fuera dable elevar un monumento á tu hoy opacada fama, y, como en el frontispicio del templo de Delfos, decir á tu sombra, amigo inolvidable, la palabra elocuente de la inscripción divina: *Regocijaos!*

Y no solamente el Sr. Cellard inició tan patriótica idea, sino que trazó un programa de festejos, que de haberse seguido en todo, y nó en parte como se hizo, la celebración hubiera resultado mucho más apropiada y atractiva. Pero aconteció lo que era de estampilla que sucediese. El General Gobernador se hizo cargo de la iniciativa, sisó, cambió, añadió, quitó á su sabor, y, á final de cuentas, vino á quedar lo que á continuación expresamos: una procesión cívica de Palacio á la Alameda; un discurso escrito con talento por el eminente literato D. Enrique Gorrozieta, y declamado pésimamente por D. Ignacio Morelos y Zaragoza; y como "coronat opus" de tan divertida fiesta, un discurso del Sr. Gral. Reyes, en el que, parangonando con erudición la ciudad de 1596 con la de 1896, encontró que la que él gobernaba, para dicha de los nuevoleonenses, estaba mucho más adelantada que la de los fundadores. Convencidos de la verdad del dicho del orador, y todo, las familias regiomontanas, en su mayor parte descendientes de los Padres de la Ciudad, no pudieron saborear todo el mérito literario del parangón de referencia, y mucho menos pudieron encontrar la razón de establecerlo; si no era la inmoderada sed de notoriedad, que en aquella ocasión, con más ahinco que de ordinario, le atenaceaba hasta hacerle salir de quicio. Con la serenata de costumbre, dada en la plaza de Zaragoza por las

bandas de la guarnición, terminaron las Bodas de Camacho . . . , decíamos, las fiestas de Celebración del Centenario, que solamente costaron al Municipio algo más de cuatro mil pesos; á razón de \$2,000,00 por discurso.

Volvamos á la política. Desde que ya de una manera clara pudo verse que la dirección de la Secretaría de la Guerra, de hecho se hallaba en manos del Sub-Secretario, Gral. D. Ignacio Escudero, pues que el Ministro efectivo, Gral. de División D. Pedro Hinojosa sólo lo era de nombre por razón de su senilidad y achaques anexos, el General Reyes estrechó con aquél íntimas relaciones, merced á lo cual obtenía sin esfuerzo franquicias y concesiones que se escatimaban á otros Jefes de Zona de reconocido valimiento. La conspiración tramada por Escudero y su círculo, fué poco á poco extendiéndose por todo el Ejército, siendo Reyes uno de los corifeos más prominentes entre los que incondicionalmente militaban en favor del plan ambicioso del Sub-Secretario de la Guerra, el cual aspiraba nada menos que á dominar la situación política de la República, imponiéndose, por medio de su influencia en el Ejército, en el ánimo del General Díaz. Así se constituiría en una especie de Anti-Papa; nó el segundo en el manejo de la cosa pública.

Descubierto el complot por el Sr. Limantour y demás Secretarios de Estado, recordaron, sin duda, el célebre verso citado por Plutarco, (y que á alguien costó la vida por aplicarlo oportunamente).—*“Esa pluralidad de Cesares no es buena”*—y resolvieron desbaratarla. Resultado de sus gestiones fué la salida del Gabinete de los Grals. Hinojosa y Escudero, y el proceso subsecuente del Gral. Delgado á quien se conceptuaba principal agente de Escudero. Se puso entonces en claro la complicidad del Gral. Reyes, y á punto estuvo de menguar su avasalladora estrella; pero, ¡los hados le reservaban para más altos hechos! . . . De aquí se originó una aversión profunda del Gobernador de Nuevo León hacia el Secretario de Hacienda.

El Sr. Presidente, que para sus fines necesitaba á ambos

personajes, ideó, más tarde, una reconciliación entre ellos, haciendo que Reyes invitase al Secretario de Hacienda á hacer una visita á Monterrey, so pretexto de que por sí mismo juzgara de la importancia de sus establecimientos industriales, principalmente de las fundiciones de frutos metálicos, que constantemente gestionaban ante el Departamento de Hacienda franquicias y excensiones, las cuales decían ser indispensables á su buena marcha y desarrollo. Sabido es que la Industria en Méjico, camina siempre con la mano tendida, en actitud mendicante, ora hacia el gobierno local, ora hacia el del Centro.

La idea fué aceptada, con mayor ó menor sinceridad de las partes interesadas; las cuales, en todo caso, no hubieran osado nunca desechar abiertamente aquella insinuación—orden, digna de Augusto en sus mejores tiempos. En la primavera de 1898, verificó el Sr. Limantour su viaje á la Frontera del Norte, siendo recibido por la alta sociedad y pueblo de Monterrey, con suma cortesía; como era de esperarse dado su alto carácter oficial, y sus ya notables servicios prestados á la República. Banquete, baile y serenata constituyeron la parte oficial de la recepción; amén de algunos brindis en los que el Sr. Gral. Reyes tuvo nueva ocasión de lucir sus relevantes dotes oratorias (tanto, al menos, como las poéticas de Nerón), así como el alto concepto que al fin había logrado formarse de las singulares aptitudes administrativas de sí mismo.

La reconciliación aparentó ser franca y sincera, y así juzgamos que lo fué realmente por lo que mira al Lic. Limantour, el cual, desde que en Méjico se halló de vuelta, prodigó toda clase de condescendencias y atenciones al Gobernador de Nuevo León. La más importante de éstas, fué sin duda influir en el ánimo del Sr. Presidente, á fin de que se decidiese él también á practicar una visita á aquella ciudad, gobernada por Reyes, y de la que ya empezaba á contarse maravillas: solía llamársela, nada menos, que “la Chicago de Méjico.” . . . *Si magnis cum parvis fas est comparere.*

No fueron inútiles las gestiones del Sr. Limantour, el

cual, inadvertidamente, se puso de nuevo al servicio de las grandes ambiciones del inteligente y maquiavélico Gobernador, que sacaba provecho de cuantas coyunturas se le ofrecían, hasta de los sucesos adversos en apariencia. La visita del Presidente á Monterrey no podía menos que ser extremadamente fructífera para Reyes, y ella sola recompensaba con creces el anterior desastre narrado, de que fué causa principal el Secretario de Hacienda.

En Agosto de 1898, el Sr. Gobernador hizo al Presidente y á sus Secretarios de Estado la invitación respectiva, y aceptada que fué dió principio á los preparativos con aquella actividad y aturrullamiento que le son característicos. La presencia de la Fiebre Amarilla, que apareció entonces en Monterrey por primera vez, malogró estos primeros trabajos. Pero ya á principios de Noviembre del mismo año, la enfermedad empezó á ceder, y entonces se reanudaron aquéllos.

La Capital, y el Estado entero, regocijaronse con la noticia de la visita del Primer Magistrado de la República; por que en ella veían, además de una distinción por parte del Presidente, las ventajas que pudieran sobrevenir á las industrias regionales, con el conocimiento práctico que el Presidente adquiriese de su importancia y de lo que con más urgencia reclamasen para su desarrollo. El pueblo de Monterrey tiene un sentido práctico bastante adiestrado, que ha contribuido no poco á sus triunfos industriales. Todo mundo prestóse á contribuir personal y pecuniariamente para disponerlo todo de la mejor manera posible, á fin de que la recepción fuese digna de la rica ciudad que la hacía, y de los ilustres personajes que eran objeto de ella. Se dió el caso de que en una sola semana las Comisiones Colectoras reunieran para la fiesta, la respetable suma de \$52,000.

Entretanto, los políticos y personajes prominentes del Estado, vacilaban indecisos entre los dos términos de este dilema! ¿Se aprovecharía la presencia del General Díaz en Monterrey, para mostrarle descarnadamente su desafecto á Reyes, y se le pediría su separación del Gobierno? O

bien, ¿se aparentaba un completo bienestar para atraerse el interés, y por contera las simpatías del Primer Magistrado, á trueque de demandarle después, suponiéndole agradecido, el mejoramiento de la situación política?—En una junta de importantes personajes, todos ellos dispuestos á optar por lo primero, el Sr. Lic. Francisco E. Reyes logró, en mala hora, torcer el curso de esas inclinaciones, que, violentas y todo, quizás desde mucho antes hubieran podido detener el vuelo insolente de ese buitre con potencia de águila. La lección que entonces hubiera recibido el Gral. Díaz, si los prohombres de la política nuevoleonense se hubiesen abstenido dignamente del besamanos, con mucho habría sobrepujado á la proporcionada por los fríos asesinatos del 2 DE ABRIL DE 1903. ¡Página de sangre que nada dijo á la gratitud del huésped, que Monterrey aceptó en su seno vistiendo sus mejores galas! Verdad es que la *bougeoisie* híbrida, bastardeada, en nombre del Terror y jurando por Mercurio, fué en romería ignominiosa á la Capital de la República, á decir al Presidente en voz contrita, galvanizada por el envilecimiento: "Alto Señor, acordaos de las *Mil y Una Noches*; nosotros también, como aquellos Príncipes encantados, *estamos fritos, pero estamos contentos*." Si el General Díaz es, en realidad, algo á la manera de Octavio Augusto, cuyo enaltecimiento, según juzga con justicia Félix Lemaistre, "debió más á la ventura que al valor ó al genio," pero cuyo profundo conocimiento del corazón humano es innegable, si el Sr. Gral. Díaz posee ese conocimiento, siquiera sea en modesta dosis, ¡bella lección debió haberse ofrecido á su discernimiento, cuando ante sí tenía aquellos italianos, aquellos españoles, aquellos nuevoleonenses espúeos, todos girando alrededor del peso, de conciencia metalizada, indiferentes ante la emoción del crimen y solícitos y dispuestos á sacrificarlo todo por librar su hacienda; porque, para los tiranos, la degradación de los hombres ofrece siempre enseñanzas trascendentales: en esa etapa está el peligro. De la propia suerte que para el químico, el aprendizaje está en la descomposición de las sustancias; pero de ésta, suelen exhalarse vapores letales! . . . .